



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

NOTAS DESDE UN MANICOMIO CHRISTINE LAVANT

TRADUCCIÓN DE NIEVES TRABANCO



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2018
TÍTULO ORIGINAL: *Aufzeichnungen aus dem Irrenhaus*

© Wallstein Verlag, Göttingen
This book was negotiated through
Ute Körner Literary Agent, Barcelona. www.uklitag.com.

© de la traducción, Nieves Trabanco, 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Alameda, 16, bajo A
28014 Madrid

info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-70-7

DEPÓSITO LEGAL: M-7193-2018

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Kurt Hutton /

Picture Post / Getty Images

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Estoy en la sección 2. Es la estación de observación para los «casos leves» y sólo se tiene el derecho de acceder a ella si se ha pasado ya por la sección 3. Yo todavía no he pasado por la 3 y la mayoría de las que están aquí están ofendidas conmigo. Ayer oí que la Reina le decía a Renate: «Entró aquí con las gafas y los cuadernos, ¡que se vaya al diablo! ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¡Seguro que espía! ¿Qué, si no?...». Renate sólo dijo: «Ay, ya empieza usted otra vez». Pero después volvió por la noche y dijo que necesitaba las horquillas para el pelo. ¡Lástima! No por las horquillas, por Renate, pues yo había pensado que podríamos sellar una especie de amistad. Ya el primer día me resultó simpática porque tiene unos ojos muy dulces y tristes y una sonrisa sencilla y vaga, que, aunque duele un poco, no asusta tanto como la risa de las demás. Por otra parte, una se acostumbra con increíble rapidez a los rostros y a las maneras más extrañas de hablar. «¡Ay, no mire! ¡No le conviene!», dijo la Nusserl cuando una mujer muy delgada y alta —creo que se apellida Baumerl— se cayó al suelo. Y, para no parecer insensible, tuve que fingir que estaba de verdad impresionada, pero, en realidad, habría preferido verlo con todo detalle. Así que me empujaron

a la lavandería, donde, consciente de mi deber, me puse a llorar convulsivamente. Pero no fue porque la Baumerl se hubiera caído, si bien sus gritos desde allí parecían más terribles. Fue sólo porque no podía quedarme así más tiempo, sentada en el borde de la bañera sin hacer algo, lo que fuera. Hubiera podido cantar o silbar o golpear la pared húmeda con las zapatillas del manicomio, pero finalmente me decidí por llorar. Resultó penoso debido a las proporciones que alcanzó, pero ya no podía hacer nada. Por supuesto, las enfermeras me consolaron y quisieron averiguar todo tipo de cosas. Pero esto también pasará, en ocho días nadie se va a preocupar de si lloro o si me golpeo la cabeza contra la pared. Quizá sea Renate quien acuda en mi ayuda con su velada sonrisa. Creo que tiene miedo de la Reina. Ésta no me soporta, lo mismo que la Baumerl, y la verdad es que las máximas y más poderosas instancias de ambos bandos se pusieron en mi contra desde el principio. Sé que podría cambiar la situación de golpe, sólo necesitaría, por ejemplo, mostrar mi asco durante el reparto de la comida y lanzar el plato de latón contra la pared, pero todavía le doy mucha importancia a que las enfermeras me traten de «usted» y de «señorita» y a que los médicos muestren una sonrisa un poco más humana durante la visita. Mientras que aquí se me considere una invitada de paso y que yo misma me sienta como tal, no habré traspasado la última frontera.

Berta ha estado bailando. Es extraño que a ninguna enfermera, ni tampoco a la Nusserl, se le ocurriera ordenarme que me fuera. Parece que baila pocas veces, pero

cuando lo hace toda la sala participa, incluso la enfermera Minna deja por un instante de tejer su chaquetita de bebé y sus ojos redondos y negros, muy bondadosos, ríen casi con satisfacción. ¿Y si yo me hubiera dirigido a Berta y la hubiera sacudido hasta que parara? Probablemente me habría arrancado los ojos. Quizá fuera feliz haciéndolo, o al menos actuaba como un instrumento dócil. ¿Quién estaba dentro de ella? ¿Quién le ordenaba levantarse la falda a rayas del uniforme del manicomio hasta su desnuda y delgada rodilla y sacudir los descoloridos mechones en su frente mientras sus ojos pálidos cambiaban continuamente de expresión? ¿Quién le había inspirado ese ritmo propio con el que se movía adelante y atrás por las baldosas marrones? Y esa voz aguda, semejante a una sierra, lanzaba unos gritos tan extraños desde la desdentada boca que parecía que en cualquier momento saldría de ella un animal pequeño y blanco. Pero no, se quedaba escondido, sólo cantaba, penetrante y extasiado, para alguien que quizá estuviera, invisible, entre nosotras. Pero si hay cosas que pueden ser invisibles, entonces seguro que algunas de ellas nos sobrevivirán y yo, visto racionalmente, me volví loca al hacer lo que hice. ¿Para qué sirve interrumpir una vida si existe algún tipo de continuación? Dios mío, ¿es que ya he cruzado la frontera y hace tiempo que sigo aquí no sólo como invitada sino que soy una de ellas, de estas que me miran con extrañeza y llenas de desconfianza?... ¿Qué ha sucedido?

Nada más que una loca cantando sinsentidos: «A, e, i, o, u, ¿qué seré mañana? Al principio fui tierra, luego,

pedra, luego un árbol y una flor... Pero después había una ventana abierta, una ventana grande, maravillosa. A, e, i, o, u, se dirigieron a mí de todas partes y no fui más que un bosque afligido... Pero me cerraron de golpe, la ventana, con sus batientes pesadas y negras me la cerraron de golpe. A, e, i, o, u, tierra, piedra y árbol y bajo esas batientes mudas nadie entiende mis palabras...».

No ha sucedido nada más. Todas siguen riéndose y la enfermera Minna sonríe y lleva dentro de sí a una niña. ¿Por qué atacó la Reina? No creo que lo hiciera sólo por encarnizamiento o por demostrar su poder. Algo llameaba dentro de la vieja jorobada, algo como un temor bien fundado, cuando golpeó en la nuca a la bailarina, usando las medias azules que estaba tejiendo. «¡Párate, diablo loco!», dijo enfadada, y no se dejó intimidar cuando la enfermera Minna la amenazó con la camisa de fuerza. Su temor era otro, su temor era quizá semejante al mío. No, seguro que no estoy aquí sólo como invitada, y quién sabe durante cuánto tiempo las enfermeras seguirán dirigiéndose a mí como «usted» y «señorita».

Acaba de pasar la visita médica. El médico jefe me preguntó qué escribo, pero no siguió indagando porque probablemente pensó que su pregunta me había asustado. Todavía me tiemblan las rodillas y tengo que apretarlas con fuerza para poder estar sentada. Pero no fue él. Fue otro, un desconocido, y fueron sus cabellos blancos los que me arrastraron a un equívoco tan peligroso. Cuando el médico jefe hizo el ritual de la presentación y dijo: «Mire, colega, éste es el primer caso en mi vida profesio-

nal en que alguien ha acudido a nosotros por iniciativa propia. Claro que no es el lugar para la joven, pero no se puede exigir de un municipio rural un sanatorio para que engorde y repose, por eso lo intentamos aquí con un poco de arsénico». ... Mi aspecto debía de desmentir sus palabras, pues el médico desconocido sonrió muy perplejo. También la enfermera jefe me miró de forma rara y me recordó más que nunca a un pájaro dando saltitos, excitado. Sólo el médico jefe hizo como si no notara nada y me dirigió un gesto tranquilizador con la cabeza. Pero estoy convencida de que sí se había dado cuenta, y si no consigo hacerle creer que estaba asustada únicamente por su pregunta tendré que andarme con mucho cuidado en los próximos días. Es probable que me llame incluso mañana a su consulta para «una pequeña charla».

Es la Reina la que acaba de quejarse porque hasta aquí esté llegando una nueva moda y porque las pacientes de tercera se hagan las señoras. Aunque las enfermeras me sonríen amablemente y la Nusserl dice: «No le dé importancia, el doctor ha dicho que usted puede hacer lo que le venga en gana. Seguro que esa arpía se tranquilizará». Pero la arpía no se tranquiliza. Su joroba se agiganta, como sucede con los gatos irritados, cuando una de las zurcidoras tiene que acercarse a ella para pedirle la tijera; se encoleriza entonces como si fuera a lanzarse sobre alguien en ese mismo instante. «Eh, tú, Krell, como no te portes bien va a venir la Roserl, que tiene fuerza, ¡no voy a seguir mirando como si nada!», dice la enfermera Minna con ojos desafiantes. ¡Es para desesperarse! Al final, por